

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES: *Política colonial*. Instituto de Cultura Hispánica.— Madrid, 1955; 800 págs.

La política colonial, que el autor de la reciente obra de este título define como "el estudio de los supuestos, principios, métodos y realizaciones de la colonización", o sea un aspecto parcial de la teoría del Estado, es una realidad que no anula el moderno horror por la palabra "colonial" y sus derivados. Ni la sustitución de términos ni las declaraciones de la O. N. U. modifican en su esencia el hecho, lo cual confiere su pleno valor a la tarea emprendida por José María Cordero Torres, que es estudiar los diversos problemas de la política colonial —no retrocede ante el vocablo—, considerándolos desde los distintos puntos de vista del vasto conjunto que constituye el mundo dependiente. Pese a la modestia del autor, el propósito era ambicioso, cuanto tomada en particular de su cuidado por no dejar suelto ninguno de los cabos de una madeja inicialmente embrollada, complicada actualmente por las preocupaciones metropolitanas para reajustar la declaración de principios de San Francisco con la realidad derivada de la anterior vinculación, ello sin renunciar a las posiciones logradas. Por ello es más de subrayar el éxito de una obra con la que no puede ser comparada ninguna otra nacional e incluso internacional moderna.

Perceatándose de que es fenómeno corriente —incluso en el plano científico— operar a base de conceptos fundamentales mal precisados, José María Cordero Torres inicia su obra de modo clásico con las definiciones dadas por múltiples teóricos de la colonización para definirla, dentro de la línea de pensamiento español que arranca de Francisco de Vitoria, como una "misión asistencial y capacitadora de carácter colectivo (principalmente social, política, económica y cultural), producida por el ejercicio de un Estado u otra personalidad internacional de actos de po-

blación, civilización y valorización en otro país diferente, generalmente alejado e inferior (esté o no habitado por elementos autóctonos), que le está sometido transitoriamente de alguna forma bajo la vigilancia de la Humanidad".

Sobre la base de esta definición puede ser considerada la política colonial, objeto de la obra, como disciplina que recoge las aplicaciones contenidas en la colonización, más aún "como ciencia que exige y supone vasta y heterogénea formación científica en sus realizaciones". Como se echa de ver, para Cordero Torres la inspiración o revelación del genio colonial no desempeña el papel preferente que se ha pretendido asignarle, aunque es posible que en su opinión, como en la nuestra, sean precisos estos factores para realizar una auténtica obra colonizadora. No hay ciencia que pueda prescindir de estos elementos para escapar a los secos límites de la mediocridad eficiente.

Seguidamente, José María Cordero Torres comprende el estudio sistemático de la política colonial en la parte titulada "Características, criterios y realizaciones", y analiza los elementos integrantes de la colonización, cuales son el elemento personal, humano o subjetivo; el elemento real, territorial y objetivo y, finalmente, la relación dinámica colonial. La tipología colonial lleva al autor de "Política colonial" a prestar detenida atención a las diversas clasificaciones hechas por múltiples autores especialistas del tema, para admitir por su parte, con J. S. Mill, tres grupos de colonias: de población, rurales y de explotación. Las causas y móviles del fenómeno colonial, claramente distinguidos, aunque prácticamente sean inseparables, son examinados como tantos factores, ora materiales, ora ideales, sin que ninguno tenga de por sí fuerza determinante para provocarlo, acaso porque se precisan además circunstancias históri-

cas especiales. ¿La suma de todas estas causas, móviles y razones, idealistas o materialistas, de utilidad económica, estratégica o real, nos da la explicación total de la expansión colonial europea del siglo XIX? Cordero Torres deja un poco al lector el cuidado de decidir a este respecto.

No obstante, consideramos un acierto el haber vinculado la cuestión del fenómeno colonizador típico al siglo pasado, dejando al margen las causas y motivos de la expansión ultramarina de España y Portugal, tema reservado al capítulo titulado "Legitimidad: títulos y críticas". En este capítulo una compendiada, pero auténtica historia de la doctrina de la colonización, desde la vieja preocupación de su justificación hasta el esfuerzo de explicación del siglo pasado. La justificación hispánica —teológica y jurídica— fué evolucionando hasta convertirse en apreciación más práctica de la cuestión, pese a los argumentos humanitarios de unas cuantos. A partir de la primera guerra mundial, se inicia una involución del movimiento expansionista europeo, acentuado después de la segunda guerra mundial, configurándose ya claramente el anticolonialismo doctrinario del siglo XIX. Entre colonialismo y anticolonialismo cabe ciertamente la doctrina cristiana de equilibrio y amor que José María Cordero Torres desarrolla en su "Deontología colonial". A nuestro modesto juicio, he aquí un modelo de cómo habrían de ser consideradas las relaciones entre colonos y colonizadores. Por el hecho de centrarse éstas en el Cristianismo —o sea, en una insoslayable realidad— no puede ser calificada tal doctrina de utópica, pues es indudable que podrá ser llevada a la práctica por todo colono auténticamente cristiano. Pero el problema estriba en si son muchos los auténticos cristianos que se dedican a la colonización.

La segunda parte de "Política colonial" está dedicada al "Pasado, presente y futuro" de la colonización, estudiándose las diversas etapas históricas de la misma. Todos los casos concretos sucesivamente examinados pueden resumirse a tres fases: Primera, preparatoria; segunda, consumatoria, y tercera, consolidatoria. Esta simplificación sistemática es válida en lo que afecta al fondo, tanto para las colonizaciones premodernas como para las modernas, cuya iniciación corresponde, a juicio de José María Cordero a la conquista de Ceuta (1415). Pero donde se observan notables divergencias es en la aplicación formal de tales principios,

o sea en los "Sistemas" (sujeción y segregación; asimilación y asociación; tutela; mandatos y fideicomisos). Pasando a la consideración de los hechos concretos, cuyos fundamentos conceptuales quedan minuciosamente expuestos anteriormente, José M.^a Cordero Torres nos brinda un detallado y utilísimo estudio de los diversos imperios coloniales (británico, francés, holandés, belga, portugués), y de las posesiones ultramarinas de lo que califica de "metrópolis europeas menores" (España, Dinamarca, Italia, Noruega). Las dependencias de los Dominios y de los Estados Unidos completan este cuadro total del mundo dependiente o semi-dependiente, apareciendo esta parte de la obra enriquecida con multitud de datos y fechas precisas (última de erratas!), como algo insustituible en la bibliografía colonial, de suma utilidad para Hispanoamérica, ya que Hispanoamérica tropieza con el problema de áreas coloniales en su suelo, y es en este caso el idioma castellano motivo de mayor aproximación intelectual.

Siendo la colonización "un fenómeno vivo y en marcha, pretender estabilizar indefinidamente su evolución resulta ilusorio y peligroso". Por tanto, las soluciones postcoloniales, a cuyo estudio José María Cordero Torres consagra el octavo capítulo de su obra, aparecen como consideración inexcusable que es preciso examinar en todos sus aspectos (supuestos del tránsito, integraciones corporativas, integraciones federativas y asociativas, etc.), para llegar a una correcta visión de las políticas indígenas coloniales practicadas por los diversos países cuyos territorios han sido emancipados.

Finalmente, partiendo del hecho de que la colonización es un fenómeno evolutivo, José María Cordero Torres se apega a establecer las condiciones en que puede ser encauzado el futuro. A este respecto aparece muy interesante la razonada postura —que no es nueva en el autor de "Política colonial"— de que la colonización ni es asunto que corresponde arbitraria y exclusivamente a las metrópolis, ni tampoco asunto exactamente internacional. José María Cordero Torres aboga en favor de un "nexo de derechos y deberes" que vincule a colonizados y colonizadores, "más un tercer elemento exterior: la comunidad internacional". Este principio sirve de base para establecer una sólida construcción teórica en que examina la cuestión en sus diversos aspectos (Constitución, administración y justicia; trabajo, propiedad, sanidad y cultura; economía, hacienda y comunicaciones; relaciones, defensa, nacionalidad y cooperación). No se trata aquí de

pura teoría de la política colonial, sino de la sistematización de una serie de principios que se desprenden de hechos precisados con una riqueza de datos que maravilla al lector y que en gran parte han sido recogidos en notas.

Si el pensamiento de José María Cordero Torres en materia de política colonial aparece, como ya hemos dicho, una continuación del pensamiento español, su reciente obra es una novedad en cuanto al método adoptado, método señaladamente científico. Ello confiere a "Política colonial" un inestimable valor que re-

base el ámbito nacional. Reluciendo de simplificaciones teóricas y de diferenciaciones de bulo, José María Cordero Torres ofrece a un amplio sector de especialistas y estudiosos, en particular de España e Hispanoamérica, una obra sólida, objetiva, bien estructurada, a la vez doctrinaria y práctica que sólo puede ser comparada con obras extranjeras que ya han perdido una de las cualidades de "Política colonial": estar al día.

Carmen Martín de la Escalera

HEINRICH ASSMANN: *Oil in the Soviet Union*.—Princeton University Press, 1953; 173 págs.

¿Constituye el petróleo la base del potencial soviético o, por el contrario, es su talón de Aquiles? He aquí el problema que el autor se plantea en el presente libro, en el que se hace un documentado estudio de la industria petrolífera en la Unión Soviética y en la Rusia de los Zares. El tema es de por sí interesante, y este interés se agudiza en los momentos actuales por la pugna que el mundo libre sostiene con los dictadores del Kremlin. En una era mecanizada como la nuestra, la cuestión del petróleo alcanza una importancia casi decisiva, teniendo en cuenta el enorme progreso experimentado por la aviación, clave de futuras guerras y necesitada de ingentes cantidades de gasolina. Es, pues, sumamente interesante para Occidente conocer, lo más detalladamente posible, las fuentes del potencial soviético y, entre ellas, el petróleo ocupa un puesto destacado, pues el estudio de este problema permitirá sacar unas conclusiones, más o menos aproximadas, del verdadero poderío ruso. El petróleo, al igual que sucede con todos los productos de interés vital para la Rusia comunista, continúa siendo una incógnita para los occidentales, pues los soviets han procurado mantener el más absoluto secreto en cuanto a sus cifras de producción y consumo, si bien se conocen datos que permiten una estimación aproximada de los mismos.

La obra va dividida en cuatro partes dedicadas al estudio de los siguientes temas: I. Orígenes y bases de la industria petrolífera rusa, en la que se examinan las distintas regiones económicas de la Unión Soviética; su sistema económico y los diversos períodos del mismo —comunismo de guerra, de 1917 a 1921, años

en los que se decreta la expropiación de la industria pesada, de los bancos, ferrocarriles y marina mercante—. Período de la NEP o Nueva Política Económica, que abarca los años de 1921-1927, y que significa un retroceso en el camino emprendido, puesto que se deja libre la pequeña empresa privada y que trae como consecuencia un incremento en la producción industrial y agrícola. Período que pudiéramos llamar de economía dirigida y que encuentra su máxima expresión en los planes quinquenales. El primero de estos planes abarca los años 1928-1932, y está encaminado a la expansión de la industria pesada y de las fuentes de energía eléctrica, modernización de los transportes y colectivización y mecanización de la agricultura. El segundo plan quinquenal va desde 1933 a 1937 y, aparte de una intensificación en lo relativo a la mecanización de la agricultura, resulta el mejoramiento técnico de los medios de comunicación y transporte. El tercer plan, 1938-1944, se ve interrumpido por la guerra germano-soviética y en él se dedica una atención preferente a la industria metalúrgica, a la del carbón y del petróleo. El cuarto, 1946-1950, tiene por misión reparar los daños causados por la guerra en las zonas ocupadas, en tanto que el quinto y último, continúa con la mecanización de la agricultura, motorización de los transportes e industrialización en general. Habrá habido errores, mas no cabe desconocer el éxito de estos planes quinquenales que han modificado de modo radical la fisonomía y estructura del sistema económico soviético.

El potencial económico de la Unión Soviética se encuentra concentrado en las siguientes zonas industriales, enumeradas, no por su im-

portancia económica, sino por su localización geográfica:

1.^a La zona industrial del noroeste europeo, con Leningrado por centro.

2.^a La región industrial de la Rusia central, situada en un amplio sector en torno a Moscú y en la que se hallan los ricos yacimientos de lignito de la cuenca del Moscova.

5.^a La zona industrial del Sur, en las cuencas del Donetz y Dnieper, con los depósitos bituminosos de la región del Donetz y los minerales de Krivoi Rog.

4.^a La región industrial del medio Volga o Volga central que se extiende desde Kazan al Norte hasta Stalingrado al Sur. En esta zona se encuentran importantes depósitos de gas natural y petróleo.

5.^a La zona industrial de los Urales, con Nizhniy Tagil, Sverdlovsk, Cheliabinsk y Magnitogorsk, como puntos básicos, y en la que se hallan ricos yacimientos de minerales y potasas.

6.^a La región industrial del Cáucaso, situada entre Novorossysk, al Noroeste y Bakú, en el Sudeste, zona en la que se hallan los más importantes campos petrolíferos de la Unión Soviética.

7.^a La zona de Kuznetsk, situada en un amplio rectángulo entre las ciudades de Novosibirsk, Barnaul, Stalinsk y Tomsk, con importantes depósitos de carbón.

8.^a La región industrial del lago Baikal, con grandes depósitos de carbón y con Irkutsk como foco principal.

9.^a La zona industrial de Extremo Oriente, situada a ambos lados del río Amur.

10. La región industrial del Asia Central, con ricos yacimientos de hierro, petróleo y carbón.

Estas diez regiones industriales son una prueba del ritmo acelerado a que se ha llevado la reconstrucción económica en la Unión Soviética y en la que la industria petrolífera ocupa un lugar sumamente destacado.

En la segunda parte se hace un estudio detallado de la industria del petróleo en tiempo de los Zares y en la actualidad. Si en tiempo de los primeros predomina el sistema de arriendo a las empresas privadas, con la revolución de octubre de 1917, tal sistema cambia radicalmente y el Estado soviético se hace cargo de todas las industrias, que explota directamente. La industria del petróleo sufre una radical transformación, se mejoran sus instalaciones y se incrementa el ritmo de su producción, ha-

biendo momentos en que llega a superar a la norteamericana.

La tercera parte está dedicada al estudio de las más importantes zonas petrolíferas de la Unión Soviética, situadas al Oeste de los montes Urales, y que se extienden en dos amplias bandas desde el mar Caspio hacia Oeste y Norte. Al Este de dichos montes sólo existen dos zonas de interés: la del valle Fergana, en el Asia central y la de la isla Sahalin, en Extremo Oriente. En la época zarista Bakú constituía el centro de la industria petrolífera rusa y el punto de partida para el estudio de nuevas zonas al Sur y Oeste. El segundo Bakú, que recibió un enorme impulso por parte del Gobierno soviético a partir de 1950, se convirtió a su vez en la base de operaciones para el descubrimiento y explotación de nuevas zonas en la región oriental. Esta división geográfica coincide con la costumbre soviética que agrupa a Bakú, Grozny, Maykop, Georgia, Dagestan, Turkmenistan y Uktania, entre las regiones sudoccidentales, y al segundo Bakú, con los campos de Molotov, Ufa y Kuybyshev, Uklita-Pechora, Fmba, Asia Central e isla de Sakhalin, entre las regiones orientales.

En la cuarta parte se examinan los problemas con que se enfrenta la industria petrolífera soviética, y entre éstos destaca como más importante el de saber si la producción es hasta a sí misma para satisfacer la demanda creciente del país. Puede responderse a esta pregunta afirmando que, por el momento, la producción soviética es suficiente para atender a las necesidades de su población, mas al aumentar éstas la Unión Soviética habrá de encontrar forzosamente nuevos depósitos de reserva, pues los actualmente existentes son insuficientes, si el consumo de petróleo aumenta, como es de suponer. Es sumamente interesante el estudio comparativo que el autor hace entre la producción y el consumo norteamericanos y soviéticos, existiendo una enorme desproporción entre ambos por el extraordinario desarrollo industrial y técnico alcanzado por los Estados Unidos que hacen que, si bien la producción es mucho mayor que la rusa, el consumo lo es igualmente, contando Norteamérica con zonas petrolíferas extendidas por todos los Continentes. Lo que la proporciona una indudable ventaja.

Como epílogo el autor enfoca el problema de las relaciones de la Unión Soviética con el Oriente Medio, de enorme interés para los rusos, pues es en esta región donde se hallan localizados los más importantes depósitos petro-

lileros del mundo. Iran, Irak, Arabia Saudí, Kuwait, Qatar y las islas Bahrein cuentan con unas reservas superiores al 40 por 100 de la producción mundial y, como es lógico, tres continentes —Europa, América y la Unión Soviética—, se hallan inmediata y directamente interesados en esta zona, de tan vital importancia para el destino de la humanidad. Americanos, ingleses y holandeses poseen concesiones petrolíferas en esta región, en la que han invertido sumas enormes y a las que interesa sobremedida conservar el *status quo* existente. Esta zona se halla a dos pasos de la Unión Soviética y al alcance de sus fuerzas blindadas. Todos los problemas que aquejan a la industria rusa desaparecerían de modo instantáneo si Rusia se apoderase del Oriente Medio y eliminase a las

potencias occidentales. Es natural que, a partir de la última contienda y la tensión existente entre la Unión Soviética y Occidente, el Oriente Medio se haya convertido en el punto neurálgico de la política internacional. Imagínese el peligro que representaría para el mundo libre el que Rusia se apoderase de esta importante zona, cuya producción excederá de los 100 millones de toneladas en los próximos años, y la añadiese a su propia producción, estimada en unos 40 millones de toneladas anuales. Ello significaría que el aspecto político y económico del mundo entero habría sufrido una transformación radical en beneficio de la Unión Soviética.

JULIO MEDIANILLA Y LÓPEZ

F. H. HINSLEY: *Hitler no se equivocó (Hitler's Strategy)*.—Traducción directa del inglés, por Victor Scholz.—Editorial Ahr, Barcelona, 1935; 421 págs.

Desde la distinción entre las operaciones y la estrategia, parte F. H. Hinsley, profesor de Historia en la Universidad de Cambridge, para ofrecernos un estudio minucioso y pretenciosamente objetivo de la labor personal de Adolfo Hitler en la preparación de los grandes planes guerreros. Utiliza el autor principalmente, como fuentes, las conferencias del Führer sobre asuntos navales; y es, sobre esta base de la guerra naval, que enjuiciará desde un principio toda la política guerrera de Alemania, atribuyendo, en última instancia, a la falta de Marina de superficie y submarinos la raíz de la derrota germana. La insuficiencia de unidades navales, la enemistad, o al menos, la falta de coordinación entre los almirantes Raeder y Doernitz, la deficiencia de los astilleros alemanes, fruto del Tratado de Versalles y, como causa principal, el deliberado propósito de Hitler de cumplir el restrictivo Acuerdo naval anglo-germano de 1935 (que únicamente denunciará e incumplirá cuando forzosamente ha de desechar sus deseos de amistad con Inglaterra) determinan, a juicio del autor, la trayectoria de los acontecimientos futuros, en tal medida, que presta a éstos un carácter de fatalidad hacia la derrota. La preparación de la guerra, su iniciación y el forcejeo entre un temor a la contienda con la Gran Bretaña y una "necesidad ansiosa" de invadir Polonia, están subordinadas en gran parte por la posibilidad del pacto con Rusia. He aquí que, en esta fase

preliminar de la lucha, sin dejar de existir una mutua desconfianza entre los dos Gobiernos, aun no siendo Hitler quien toma la iniciativa del pacto germano-ruso, que se presenta ya desde Munich, la estrategia del Führer se nos muestra por la pluma de Hinsley como una máquina perfecta de relojería, en la que una pieza esencial —la Marina de guerra— está viciada y hará saltar todo el mecanismo.

No muy acertadamente traducido el título del original, apuntando más bien hacia la tesis del autor, de que Hitler no se equivocaba ante la certidumbre de la derrota, pueden prestar también a confusión, los términos vagorosos en que en el mismo texto de la obra se califica de pura estrategia un complejo de medidas y directrices que no son, por último, sino la realización de una política de guerra. Es decir, que al ir desplegando Hinsley en los capítulos centrales de su libro el inmenso caleidoscopio de las operaciones alemanas, no puede, por momentos, mantenerse fiel a su propósito inicial de enjuiciar una labor estratégica, ya que esta supuesta estrategia es sólo, en muchas ocasiones, una determinación secundaria del complejo económico-político de la Alemania en armas. No obstante esta desconexión entre la causa última, el estudio de los efectos en el mundo de las realidades, sus fracasos y sus aciertos, constituye un interesante recorrido desde septiembre de 1939 hasta el derrumbe de Italia y la retirada del Este. La inutilidad de ciertas justificaciónes

nes, lo forzado de muchos de sus argumentos, conducen, en contraprestación, al lector de Hinsley a no pocas perspectivas realmente originales de acontecimientos fosilizados por una visión tópica en perfiles no muy convincentes. Así, y únicamente a título de ejemplo, al mostrarnos el viejo conocimiento que Hitler poseía de unas diferencias entre los aliados y Rusia —que sólo habrían de aflorar años más tarde— muy semejantes a las diferencias que el mismo Hitler “vivió” en el nacimiento y ruptura de sus negociaciones con la U. R. S. S.

Divide Hinsley la guerra en dos grandes etapas: la primera de ellas —la triunfal para Alemania— acaba con el abandono del plan *Sea Lion*. La frustración de la invasión de las islas viene determinada por dos causas: aversión de Hitler a aceptar el plan y la defectuosa concepción del mismo cuando, abrumado por las circunstancias, se decidió a aceptarlo. Es aquí donde radica la entraña de la derrota y es, a partir de este momento, cuando el ya tradicional desinterés de Hitler por la Marina de superficie se acentuará. Hasta este momento, la invasión de Polonia, Dinamarca, Noruega y los Países Bajos, la derrota de Francia, la celérea ocupación de media Europa por un ejército relampagueante, no puede por menos de llevar a enjuiciar a Hinsley la dificultad de “rehuir la conclusión de que, hasta este punto, los planes estratégicos de Hitler se basaron en una sana apreciación de todas las circunstancias” (páginas 118-19). Pero la lucha con la Gran Bretaña —es decir, con el dominio británico de los mares— constituía el problema principal que, al no ser resuelto, varió la marcha ascendente de este principio de victoria hacia una descendente agonía de toda estrategia pasada o por venir. Y, si hasta este momento los planes de Hitler no fueron defensivos y sí, “planes estratégicos perfectamente estudiados y llevados a cabo con gran maestría”, a partir de este momento la vacilación y la falta de realizaciones efectivas de gran parte de las operaciones proyectadas, darán la tónica de la estrategia ya exclusivamente defensiva del Führer; estrategia defensiva en la que, según Hinsley, Hitler “no se equivocó”, puesto que constituía la mejor salida estratégica en la ya difícil situación de los finales del 41.

El ataque a Rusia y la batalla del Atlántico no determinaron un abandono total, sin embargo, del esencial objetivo de la invasión de Inglaterra; sólo que ahora, una vez fracasada la “*Sea Lion*”, únicamente cabe reconocer la

debilidad de la Marina de superficie y obstaculizar en lo posible los movimientos británicos; esto era principalmente factible y con posibilidades de eficacia en un lugar: el Mediterráneo. Si las islas no pueden ser ya invadidas, si no llevarlo a efecto ya el ataque a Rusia, la estrategia de defensa o más claramente, de alargamiento de la derrota, le conducirá fatalmente al Mediterráneo. La “Operación Felix” comprendía la ocupación de Gibraltar, las Canarias, las Azores y las Cabo Verde. Pero “la conquista de Gibraltar exigía nada menos que una invasión de España” (pág. 261). Cita Hinsley como dato esencial en la narración de los sucesivos abandonos y nuevas tomas en consideración de la “Operación Felix” la carta que, en 6 de febrero de 1941, dirige Hitler, con “el fin de lograr un cambio de actitud”, al Jefe del Estado español. “La negativa española del 18 de marzo complicó aún más la situación. No obstante, Raeder, tenaz propulsor de la ocupación de Gibraltar, no desistirá ante el Führer, y a finales del 42, antes de presentar su dimisión, volverá a proponerla. Es más, apartado Raeder del Estado Mayor Naval, la ocupación del Peñón seguirá preocupando a éste, hasta el punto que es Doenitz quien en abril de 1945 presenta al Führer el nuevo plan de ocupación de España y Portugal, que recibiría la denominación de “Gisela”; es esencial obtener el consentimiento de España, y el mismo Doenitz habrá de reconocer la imposibilidad de obtenerlo; Hitler rechazó el plan, pues sin contar con España “no se podía pensar ni tan sólo en la cuestión... El pueblo latino es tenaz y comenzaría una lucha de guerrillas contra nosotros” (pág. 398).

El 11 de diciembre de 1941 Hitler declara la guerra a los Estados Unidos. Ahora bien, según las fuentes de Hinsley, el ataque contra Pearl Harbour fué una total y desagradable sorpresa para el Gobierno alemán. El estudio de las relaciones germano-niponas es quizá la parte del libro de Hinsley más perspicaz e interesante. El punto de fricción entre ambas potencias habrá de ser desde un principio Rusia.

Cuando Rommel se bate en retirada y los aliados han llegado al Africa del Norte, cuando Doenitz consigue el desmantelamiento de la flota de superficie y la dedicación completa de todos los esfuerzos a la submarina, cuando el ejército comienza a estancarse ante Stalingrado, Hitler es ya para Hinsley un enfermo físico y nervioso, desgastado por la dirección personal de la guerra y la consiguiente tensión nerviosa;

tiene ya la certidumbre de la derrota, casi total a partir de la entrada de los Estados Unidos en la lucha, pero aún estudia nuevas ofensivas, aún planea derrotar a Rusia y presentar después la batalla naval a los anglosajones. Después de Stalingrado Hitler buscará ya sólo sostener hasta el último instante la fortaleza alemana, mediante la resistencia sin repliegue alguno en todos los frentes. Es esta ahora su única estrategia. Al examinar Hinsley la estrategia de Hitler en derrota, llega a la conclusión de que, ni las esperadas diferencias entre el Occidente y Rusia, ni la aparición de nuevos tipos de submarinos, hubiesen podido variar el rumbo de la guerra. Únicamente reconoce el valor de ganar tiempo que para Hitler tuvo el anuncio y promesa de nuevas armas secretas. Eran las circunstancias generales, entre las que Hinsley —como se ha dicho— concede una primordial importancia a la errónea política naval, las que impondrían el desastre. Desde un punto de vista militar, el autor no encuentra otra

estrategia más inteligente. Sin embargo, afirma que es inútil criticar esta voluntad de no capitulación ni frente a los ejércitos enemigos ni frente a las fuerzas internas, por el sencillo hecho de que es inevitable. Para el profesor de Cambridge, el germen de la derrota está ya en las palabras del Führer a las pocas semanas de iniciada la contienda: "Jamás sobreviviré a la derrota de mi pueblo".

Es indudable que del interesante estudio de Hinsley no se deduce con tajante claridad si Hitler erró o acertó, no sólo desde unos supuestos políticos, sino aun siquiera desde la perspectiva estratégica desde la que el autor ha enjuiciado e investigado las operaciones hitlerianas. Lo que sí parece indudable y claro, una vez cerrado el libro de F. H. Hinsley, es que si Hitler erró, no fué debido, en la mayoría de sus desaciertos, a las causas atribuidas por el autor.

M.^a TERESA FUENTES

